

LA OSCURIDAD DE LAS SOMBRAS DE PARÍS de Jordán Isabel Hormigo Márquez

Limpio toda la tinta y recojo.

Me abro paso entre todos los demás y salgo de clase. Así es la vida, si no llamas la atención nadie te la presta.

Absorto en mis pensamientos voy caminando por el pasillo hacia la salida, cruzo miradas con Eliot, un chico que por más parisino que sea su nombre, no lo tiene ningún chico de la Schola (escuela en latín vulgar). Y sin querer ya estoy pensando en él.

Es un curso menor que yo pero la diferencia no se nota. En cuanto a lo de cruzar miradas es como una tradición, lo hacemos desde siempre, nunca hemos hablado, pero ambos nos miramos fijamente todos los días; lo hago sin pensar, lo podría hacer hasta con los ojos cerrados, bueno, no, porque tengo que abrirlos para mírale, pero creo que el concepto se capta.

Inmortalidad y Eliot. Segundo capítulo.

Hablemos de Eliot:

Es un niño callado y reservado; me caen bien los niños callados y reservados, en mi opinión lo que más le identifica son sus ojos. Los tiene uno de cada color, uno color miel y otro marrón muy oscuro, me recuerdan a un agujero negro, profundo. La verdad es que yo creo que el ojo color miel representa la bondad y la dulzura y el ojo color marrón representa la maldad y la oscuridad, por eso creo que Eliot es una persona muy equilibrada, tan buena como mala. Aunque hay gente que cree que sus ojos representan la inmortalidad, yo, a esa teoría no le veo ni pies ni cabeza.

Volviendo al presente, llego a casa, mamá está como siempre, haciendo la comida; mi madre es básicamente, todo lo contrario a mi: yo soy una persona extrovertida, mi madre introvertida y tímida (a menudo Eliot me recuerda a ella) se llama Suzette, Suzette de saltar, de soñar, de saber y de singular.

Aunque odio que me comparen con ella, a veces quiero ser como ella; nunca mete ningún problema, siempre es ajena a cualquier discusión. Vende telas, gana lo suficiente para comer los dos aunque hoy toca caldo de pollo igual que ayer.

-Mañana haré caldo de pescado, dice.

Mi mente dice ¡Puaj! Pero mis labios dicen:

-De acuerdo, hace tiempo que no lo haces.

Probablemente se le olvide dentro de dos minutos y mañana comamos caldo de pollo. Cuando acabo de comer me tiro en la cama, me encantaría quedarme ahí tumbado contemplando el techo, pero sé que tengo que terminar la redacción, así que me pongo a ello, lo tengo que repetir tres veces hasta que me queda decente, y con decente me refiero a con una letra de un niño de siete años y con cinco manchas de tinta. La redacción es un resumen de tres páginas acerca de un libro sobre la oscuridad, salgo a la calle necesito caminar y ser libre, despejarme después de dos horas sentado. Y aquí empieza todo, todo empieza aquí.

Nunca digas nunca. Tercer capítulo.

Estoy en el despacho del director y sinceramente no sé por qué, en el momento en el que Eliot cruza el umbral de la puerta y lo veo, me acuerdo de todo sucedido, todo lo que sucedió ayer, me encontré a Eliot y me dirigió una palabra, la primera palabra en cuatro años.

Hace un año de todo eso. Las cosas han cambiado mucho.

Más de lo que en ese entonces creía posible, parece ser que esa primera palabra que me dirigió Eliot fue el inicio de una gran amistad. Somos dos buenos amigos, nos vemos todos los días, nos reímos, nos divertimos y nos contamos todos nuestros secretos y temores. Eso hacen los buenos amigos ¿no? pero hay una pequeña cosa, un pequeño secreto, un pequeño temor, que quizás sea más importante de lo que creo: quizás Eliot no es Eliot, quizás Eliot no es un chico quizá, es una chica llamada Élodie disfraza de chico solo para poder estudiar, aunque eso signifique fingir toda una vida, quizás ese sea el gran secreto que hace cinco minutos me contó y quizás todas las veces que digo quizás quiero decir que así es.

Y sí Eliot es una chica que realmente se llama Élodie... sí así es, aunque esto hace un año no lo veía posible, lo es, pensaría que nunca podría suceder esto, pero, Bastián del futuro nunca digas nunca, todo es posible, tenlo en cuenta.

Es por la noche, serán las once o algo así; mamá dice que el Rey Sol necesita ayuda, al parecer uno de nuestros deberes es velar y proteger al Rey así que estoy camino al Palacio, rumbo a lo que sea que sucede.

Antes de llegar al Palacio paso por los jardines me doy cuenta que los setos están un poco descuidados, bueno eso no es importante, entré rápidamente al Palacio y hay un caos increíble, todas las luces encendidas, mucha gente gritando, intentando salir y mucha otra gente, al igual que yo entrando, por el caos qué está sucediendo, decido intentar poner un poco de orden y pregunto:

-¿Se puede saber qué pasa?-

-Mi sombra se ha movido, dice una muchacha. Normalmente yo diría algo del estilo, de eso no es posible, pero la verdad es que este día me está sorprendiendo y como ya he dicho antes nunca digas nunca.

-¿Cómo es eso posible?, las sombras no se mueven, solo son sombras.

-Mi sombra se ha movido, dice la muchacha.

Me callo y pienso por unos segundos, este día está lleno de sorpresas, así que decido pensar un poco y de repente exclamo:

-¡El rey, el rey, es lo más importante! ¿Se puede saber dónde está?-

-El rey está en sus aposentos, siendo protegido por su Guardia real, dice un hombre.

-De acuerdo, pues ya está, problema resuelto.

-¡Mi sombra se ha vuelto a mover! exclama asustada la muchacha.

De acuerdo, quizás el problema no esté del todo resuelto.

-¡Que no cunda el pánico! Debe de haber alguna forma de solucionarlo, grito. Antes de que pudiera acabar la frase, un señor disparó a la sombra, esta desapareció al cabo de unos segundos al igual que la mujer.

-¡La has matado! grita una mujer.

-¡La quería salvar!, contestó.

-¡Pero la has matado!, repitió la mujer.

-¡Por favor, calma!, grité.

-La mujer está muerta y eso es lo que importa. Mi cabeza da vueltas.

- ¿Alguien sabe como se llamaba?, pregunté.

Un silencio espeluznante inunda la habitación.

-¿Nadie? insisto.

-Creo que era la cocinera del Rey, dice una voz.

-¿La cocinera del Palacio? ¿Esa no era la madre de Élodie? Salgo de allí lo más rápido que puedo y corro a casa de Élodie, por más que toco la puerta no responde, siento la necesidad de volver al palacio, al final decido ir. Por el camino se me ocurren un par de ideas y soluciones.

-¡Encended las velas!, digo nada más entrar por la puerta. Cuanta más oscuridad haya más fácil les será esconderse, explico.

En cuanto todas las velas que hay en la entrada del palacio están encendidas la gente va saliendo. Las velas, una a una se van apagando solas.

-¡Rápido, salid todos! grité.

Por suerte todos salen antes de que las velas se apaguen.

Carisma y valor. Cuarto capítulo.

En la escuela esta mañana no he visto a Élodie, lo que significa que ya lo sabe, decido que después de comer iré a su casa. Llego a casa justo cuando los platos están rozando la mesa.

-Llegas justo a tiempo, Bastian, dice mi madre.- ¡Venga siéntate!

Me siento, caldo de pollo, otra vez.

-Mañana haré caldo de pescado, dice.

-De acuerdo, hace tiempo que no lo haces.

Probablemente se le olvide dentro de dos minutos y mañana comamos caldo de pollo. Acabo de comer rápidamente y voy corriendo a casa de Élodie. Toco la puerta, esta vez si me abre. Su mirada asesina me dice perfectamente todo lo que está pensando, es increíble lo mucho que puede decir una simple mirada.

Me hace un gesto para que pase, en el momento que entró cierra la puerta, se sienta, yo me siento a su lado, me mira fijamente y después aparta la mirada; yo también la aparto y después ya no sé qué hacer, pero decido decirle:

-Tenemos que saber qué es esto, quizás no está muerta. Eso sonaba mejor en mi mente.

-Ya, para descubrir, ¿Qué, qué está muerta?, responde ella enfurecida.

-¡Venga, ármate de valor y hazlo!, digo de forma menos seria.

Me mira y sonrío.

-¡Si, vamos a solucionar ese problema, sea como sea!, exclamó.

Llegamos al palacio, todo está exactamente igual, excepto que las velas no están.

-Élodie, ¿Puedes ir por velas? por favor.

-No hay nada que impida que vayas tú, dijo entre risas. A veces me dan ganas de pegarle, me da igual que sea una chica.

-De acuerdo, voy yo.

Vuelvo unos cinco minutos después.

-¿Qué, algún cambio?, pregunto.

-No, sólo más miedo.

-Mi gran pregunta es; ¿Quién apagó la luz ayer?

-Una buena pregunta, sonrío aún sin respuesta.

-A ver, no había mucha gente: Una señora de unos veinticinco años, el señor que mató a... y ella, creo que he tocado un mal tema...

-Bueno la verdad no sé quién podría haber sido, porque yo creo que ya sabía que si apagaba todas las velas, nos estaba matando, comenté.

-Sí ya bueno, un súper misterio, ¿No? A ver, mientras esto de las sombras esté solamente en el Palacio todo el mundo está seguro, el rey se ha ido lejos, así que no habrá ningún tipo de problema, dice Élodie.

-Sí, ya, supongo.

Y así nos pasamos dos horas y media investigando, al final del día decidimos repasar todo lo que habíamos conseguido.

-Bueno, sabemos que todo el mundo está seguro mientras no esté en el Palacio, también sabemos que nuestra sombra se puede mover libremente y también sabemos que en la oscuridad se pueden esconder con mucha mejor facilidad, recapituló Élodie.

-Así que aléjate del Palacio, aléjate de la oscuridad y aléjate de tu propia sombra. Vale, quizás esto último es más complicado pero habrá que intentarlo, concluí yo.

-¡Buenos días!- Dice una voz.

-¡Oh mon Dieu!, digo bostezando. Mamá, ¿cuantas veces te he dicho que no me despiertes a las seis de la mañana?

-No soy mamá, dice la voz. Soy Élodie.

¡Ahora me acuerdo!, ayer se nos hizo muy tarde y si volvía a casa a esas horas mamá me iba a matar.

-¡Venga, a seguir investigando!

-¿Y las clases, hoy no había dictado de...

-¿Toda la ciudad puede morir mañana y tu te preocupas de un dictado?-Me interrumpió.-Venga, va, que no tenemos todo el día.

Ojalá no hubiera fin. Quinto capítulo.

Cinco minutos después ya estábamos rumbo al Palacio, estábamos a punto de llegar cuando Élodie exclamó:

-¡Ay! No he cogido velas. Me miró intentando convencerme de que fuera yo a por ellas.

-No, yo ya fui ayer, vas tú.

-De acuerdo, pero mañana irás tú.

-Ah, no, mañana no se nos olvidarán.

Élodie me sonrío, una sonrisa llena de alegría, sin duda tiene un carisma innegable. Y se va, yo no paro de darle vueltas al asunto de quien apago la luz el otro día.

-Quizás fue uno de sus cortesanos, pienso en voz alta. No les costaría nada.

Decido ir a las habitaciones de los cortesanos, me asomo en la primera.

-Nada por aquí. La segunda. Nada por allá. Es en la tercera la que me parece sospechosa: ¡Están todas las velas de anteayer!

Escucho las puertas del Palacio abrirse, Élodie está aquí.

-Bastían, tengo dos noticias.

-Yo una.

-Tu primero.

-Fue uno de los cortesanos, quién apagó la luz.

-¡Uhuuuu!-Grita Élodie.

-Vale, te toca.

-¡Tenemos velas!

-¿Y...?- No sé porque de repente me dan ganas de besarla. ¿Será que la quiero?

-Y las sombras están por toda la ciudad.

No puedo evitar mirar el suelo, su sombra está bailoteando a su alrededor.

Y de repente ya no está, la ha matado su propia sombra.

¿Qué ha pasado, dónde estoy? Estoy muerto.

Élodie ha muerto y yo junto a ella.